

Al rescate de la subjetividad: los estudios sobre la emigración

Consuelo Martín

Psicóloga. Centro de Estudios de Alternativas Políticas, CEAP.

El tema migratorio puede ser abordado desde el punto de vista de las diferentes disciplinas de las ciencias sociales y enfocado desde diversas aristas. Este abordaje responde a que se trata de un fenómeno complejo, dinámico y dialéctico, que puede y debe ser analizado en sus partes y en su integridad total.

Los estudios sobre la emigración cubana posterior a 1959 han sido realizados dentro y fuera de la Isla, mayoritariamente, por autores cubanos.¹

En Cuba, se han producido numerosos trabajos sobre la emigración, aunque éstos no siempre se han basado en estudios particulares. Sus enfoques suelen ser de corte sociológico, demográfico, económico, histórico, socio psicológico, y siempre ubicados en el referente ideopolítico que imponen las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos.

Otra constante que se observa en ellos es que, para los estudiosos del tema, con muy pocas excepciones, el fenómeno migratorio se circunscribe a la emigración hacia los Estados Unidos. El resto de los países donde hay asentamientos de cubanos quedaron en un «olvido», tal vez involuntario, que sólo recientemente ha comenzado a resarcirse.²

Una relectura de varios estudios sobre las características socioeconómicas y sociopsicológicas de los cubanos residentes en diferentes espacios geográficos, conduce a nuevas reflexiones. Estos asentamientos de cubanos en el exterior no conforman comunidades sociopsicológicas establecidas, como sí ocurre con la que existe, por excepción, en la ciudad de Miami, pues no lo han alcanzado otros asentamientos de cubanos en otras regiones de los Estados Unidos.

La ausencia de comunidades socio psicológicas entraña una tendencia más evidente hacia su asimilación cultural al medio en que habitan, especialmente en países de habla hispana como Venezuela, México y los de Centroamérica. En los países de habla no hispana, incluidos los Estados Unidos, excepto en Miami, tienden a sustituir la ausencia cotidiana del referente nacional por el de otros grupos nacionales allí radicados que se perciben como cercanos al cubano.

Psicológicamente, en las autopercepciones y en la percepción del país de origen, se reconoce el carácter regulador del asentamiento cubano en Miami, el cual se ofrece como modelo de identidad del cubano

emigrado al resto de los espacios geográficos. No obstante, la estructuración ideológica de cada asentamiento varía con mucha frecuencia en virtud de la opción personal con que el emigrado se autopercibe - emigrado político, económico, o por motivos familiares- y de los niveles de beligerancia en las relaciones entre los países receptores y Cuba. Pero siempre, y en todos los espacios geográficos, es posible apreciar la mediatización ideológica del conflicto Cuba-Estados Unidos, como si fuera un contenido propio de la identidad del emigrado al momento de llegar a otro país.

Al estudiar a la emigración cubana radicada en los Estados Unidos, las referencias teóricas no marcan diferencias conceptuales entre exilio y emigración. Frecuente y cotidianamente se utilizan sin distinción ambos conceptos y, peor aún, no se diferencian sus significados. Al emplearlos indistintamente, se produce un solapamiento meto dológico que limita la elaboración teórico-científica, y condiciona la ideologización del problema. Detenerse en la diferenciación entre exiliado y emigrado posibilita distinguir cómo el discurso del exiliado ha sido utilizado por el que emigra como una carta de presentación, en un afán por conseguir su reconocimiento y aceptación por parte de la comunidad inicial, en gran medida realmente exiliada.

El proceso migratorio provoca un impacto sociocultural de importancia sobre la sociedad receptora, el grupo migrante y el país de origen. Con tal afirmación puede estarse de acuerdo a priori; sin embargo, lo adecuado sería la integración de esta tríada en la investigación. Y esto no sucede.

En general, cuando se revisan los estudios realizados sobre la comunidad de cubanos radicados en los Estados Unidos, se observan intentos de dar una visión de cada asentamiento más o menos cercana al individuo migrante, con uno u otro enfoque de las ciencias sociales. Si bien estos materiales proveen de importantes elementos, sus análisis siempre parten del momento y lugar a donde llega quien se traslada o ausenta del país de origen. Entonces, cómo entender la máxima del emigrante que versa acerca de las razones de ese traslado: «Me muevo más por lo mal que me va aquí que por lo bien que me puede ir allá.»

El hecho de partir del lugar de asentamiento para estudiar la toma de decisión de emigrar, las motivaciones para hacerla y otras características sociopsicológicas, e incluso lo relativo a la identidad del emigrado, puede ser una razón explicativa de por qué los numerosos estudios sobre emigrados dedican tanto espacio al análisis de la conducta, entendida ésta como aquello que permite o condiciona las nuevas inserciones o adaptaciones a la sociedad receptora y es claramente visible y constatable.

La validez de tales trabajos radica, fundamentalmente, en que brindan la posibilidad de

un acercamiento paulatino al fenómeno en su conjunto. Pero si bien aportan una descripción general de éste, lo hacen sin enlazar lo visible -las conductas- con su desarrollo total. Esa limitación puede llevar a posiciones descontextualizadas en cuanto al tiempo histórico y la continuidad de su desarrollo. Si en los estudios sobre asimilación, aculturación y/o transculturación -en el caso cubano- no se parte de una base teórica que posibilite el análisis de las manifestaciones más plurales del proceso migratorio, no se podrá explicar, al menos psicológicamente, el porqué y el cómo del fenómeno en sí mismo. Es decir, los resultados quedan circunscritos a la esfera investigada sin alcanzar el sentido global abarcador del proceso.

El procedimiento de acumular datos, de modo que su repetición permita elaborar una regularidad, ha sido utilizado como un criterio válido para corroborar de manera cabal la evidencia de un fenómeno dada su visualización. En realidad, el reconocer en la expresión visible de la conducta las contradicciones es lo que permitiría revelar los mecanismos psicológicos del emigrado o de la comunidad de emigrados. Se ha desconocido el carácter positivo que subyace en la dinámica de la contradicción, en cuanto factor de desarrollo del grupo social que integra esa comunidad, cuando el desentrañar los mecanismos conflictuales es lo que permite entender y explicar la conformación de dicho grupo social. En otras palabras, se trata de reconocer su heterogeneidad y no intentar «entenderlo» o presentarlo en su homogeneidad, como tantas veces ha ocurrido al enmarcarlo exclusivamente en el plano político-ideológico.

Presentar al grupo social de emigrados como un todo homogéneo y excluido de la nación, fue un error asumido por mucho tiempo. Por la influencia de lo ideológico, la representación social existente en Cuba acerca del grupo migrante no contemplaba su heterogeneidad, a pesar de que aislados estudiosos la habían planteado. Se precisa desarrollar un marco teórico-metodológico que permita explicar y sistematizar la concatenación de los hechos acaecidos y posibilite pronosticar la evolución del fenómeno migratorio, para ilustrar científicamente cómo elaborar la historia mutua que permita instrumentar decisiones políticas contextualizables para un aquí y un ahora diferentes. Sin embargo, no debe absolutizarse el impacto del aquí y el ahora para emigrar; es necesario considerar la historia personal del sujeto.

En la actualidad, el período de crisis es generador de toda una sintomatología de la vida cotidiana. La cuestión de por qué la cotidianidad impacta más o menos en las subjetividades individuales no pasa sólo

por lo político-ideológico. Si bien el enfoque político es uno de los contenidos de las representaciones sociales, éste no es absoluto ni el más importante.

Si el sujeto social instituye lo político como parte de su esencialidad, ello no implica su automática asimilación por el sujeto individual, al menos no del modo mecánico con que suele plantearse y asumirse desde las estructuras discursivas de la sociedad, a través de sus medios promotores de opinión.

Al instrumentar el mecanismo del discurso social, se le otorga, de modo automático, un valor irracional a la decisión de emigrar. Pero, aunque no negamos la existencia de lo irracional en la estructura de la decisión de emigrar, la decisión en sí misma no es irracional. Si el emigrado decide su acción, desde una posición que no necesariamente implica presión directa, esto supone un proceso paulatino y hasta cierto punto planificado de sus acciones.

Cuando los investigadores se acercan a las causales del acto de emigrar, suelen identificar el acto visible, la acción en su término, como un indicador que diagnostica irracionalidad en las decisiones del emigrado. El análisis basa la irracionalidad del acto de emigrar por comparación ideológica valorativa y/o por el medio utilizado. En cuanto a la emigración ilegal, por ejemplo, se considera de uno u otro modo que el emigrado «toma sorpresiva e impensadamente» la decisión, por lo que se obvia un proceso gradual que incluye diversos análisis -más o menos cercanos- de la realidad. En ambos casos no se tiene en cuenta la configuración de la subjetividad de quien emigra, la cual se activa hacia una u otras acciones, en relación directa con la historia personal del sujeto.

Los investigadores abordan el estudio de la emigración y buscan respuestas a partir de la pregunta «¿por qué se emigra?». Entienden el «¿por qué?» como el «¿para qué?», lo cual permite concluir directamente el carácter económico de la emigración. El «¿por qué?» les trae las referencias que el sujeto asume a lo largo del proceso de la toma de decisión de emigrar. Y, entonces, se concluye que las referencias de quien emigra no tienen bases objetivas acerca de la realidad que encontrará.

Con frecuencia se hace referencia al equívoco de que tales bases están ausentes en quien emigra sólo porque no conoce directamente la realidad hacia la cual se dirige. Sin embargo, la cuestión principal estriba en que el hombre sustituye o simboliza un conjunto de realidades aunque no le sean tangibles. Y desde su subjetividad, las convierte en su realidad.

La condición migratoria evidencia la posición del sujeto ante dos realidades, una en la cual está insertado desde sus relaciones sociales, otra en la cual está insertado desde su subjetividad. Por más que seamos capaces de apreciar y hallar puntos de contacto y de

condicionamiento entre ambas realidades, ellas en sí mismas son percibidas como diferentes por el sujeto.

Sujetos que, aparentemente, no tienen necesidad económica deciden emigrar, y por el contrario, sujetos que sí la tienen pueden no hacerlo. Por tanto, la decisión de emigrar no es un absoluto económico, social o político, sino que su verdadero espacio es el sujeto con sus representaciones simbólicas, determinadas por modelos con los cuales se ha identificado, consciente o inconscientemente, a lo largo de su vida.

Otro aspecto abordado en los estudios sobre la emigración es el referido a la adaptación. En algunos trabajos se señala que los miembros de la primera oleada migratoria -el llamado exilio- tenían antes de la partida un conjunto de variables estructurales, de tipo socioeconómico y demográfico, que les permitió una rápida y eficiente adaptación. Estos estudios hacen coincidir los niveles estructurales preparatorios con el éxito adaptativo. Estas investigaciones reproducen un modelo de corte positivista: a tales variables y tales estímulos, tales conductas. Sin embargo, los éxitos adaptativos del exilio, si bien están relacionados, no deben ser atribuidos a los sistemas de soporte y apoyo estructural que generó la sociedad emisora o que les facilitó la receptora. El sujeto no es una función mecánica de lo social, es una función dialéctica. De otra manera, la comprensión del sujeto se pierde y la subjetividad se anula totalmente.

Complementa lo antes expuesto la afirmación acerca de que el exilio portaba en su subjetividad partes esenciales de los contenidos de los modelos propios de la identidad norteamericana. En esa época histórica, Cuba y sus clases sociales ostentaban como paradigmas de eficiencia, modelos de desarrollo y aspiraciones generales los referentes a la sociedad de Estados Unidos. Cabría preguntarse si ahora los nuevos emigrantes son también portadores de los modelos de identificación norteamericanos en su subjetividad. Esta interrogante amerita un estudio que rescate la comprensión integral del sujeto.

Históricamente motivados por el conflicto entre Cuba y los Estados Unidos, los investigadores han utilizado como una constante en el estudio de la imagen del norteamericano en contraposición a la auto imagen del cubano. Hasta ahora, los resultados han mostrado una sobrevaloración del cubano sobre la imagen del norteamericano, lo cual no se considera una expresión de etnocentrismo en la identidad nacional, sino como un reflejo del contenido ideológico de dicho conflicto. En las condiciones actuales se precisa de nuevos estudios que profundicen los determinantes y cambios en las percepciones de tal realidad.

En las ciencias sociales suele suceder que se identifica el objeto empírico-práctico del conocimiento con el

objeto de estudio en cuestión, de modo que se asume un análisis del objeto empírico, de sus expresiones, como lo primario, y más tarde se elaboran los modelos teóricos e incluso las hipótesis con las que se ha trabajado, al menos implícitamente. Este es un modo de acercarse al conocimiento.

Durante mucho tiempo, los estudios en Cuba han transitado indiscriminadamente por los niveles sociológico, demográfico o de otras ciencias sociales, ausentes de interacciones teórico-metodológicas de las disciplinas que los portan y atravesados por percepciones pertinentes desde el punto de vista ideológico. La suposición teórico-ideológica de que la existencia de los procesos sociales anula la acción de los procesos psicológicos individuales, implica la ausencia de una noción teórica dirigida a develar la comprensión de lo psicológico y su adecuada inserción en las concepciones del materialismo histórico.

Desde el punto de vista de la psicología, ante los investigadores se ha presentado una acumulación de obstáculos epistemológicos, por lo cual han acudido sistemáticamente a lo ideológico para intentar comprender el tema migratorio. Tal acumulación de datos demanda un mayor desarrollo teórico-metodológico.

Se ha logrado reconocer aspectos del fenómeno migratorio. Ahora hay que buscar respuestas más profundas a nivel del sujeto que emigra, puesto que es él, precisamente, el protagonista del fenómeno migratorio que se quiere comprender. Se trata de penetrar el mundo práctico-ideológico de los datos estadísticos para explicar cada objeto de estudio, y de esta forma introducirse en el proceso a que han estado sometidas las estructuras familiares, culturales, económicas y políticas en la emigración.

Igualmente, hay cuestiones que no aparecen reflejadas con claridad en las investigaciones sobre la emigración cubana. Por ejemplo, el hecho de ubicar el origen del proceso migratorio en raíces históricas comunes y diferentes expresiones psicológicas de la identidad. Considerar el grupo emigrado como un grupo particular que se desprende y/o autoexcluye de otro más general, significa reconocer el desarrollo de procesos psicológicos notablemente diferenciadores. Pero, a su vez, en el interior de ambos grupos existen singulares mecanismos psicológicos que indican cierta homogeneidad en los contenidos de las representaciones sociales: ideas, estereotipos, prejuicios, actitudes, valoraciones, etc., que con direccionalidad ideológica diferente se estructuran sobre paradigmas semejantes y conforman un imaginario social limitado, cuando no equívoco, por la historia común.

En lenguaje coloquial, se podría expresar con la ingenuidad, sencillez y honestidad de un niño emigrado

que viajó de visita a Cuba, y que con asombro decía: «¡Mi abuela de La Habana habla de los que se fueron, como mi abuela de Miami habla de la gente en Cuba! ¿Y por qué?».

Pero claro está que esto no es tan simple. Para los investigadores, la respuesta exige partir de presupuestos teórico-metodológicos y emprender un análisis del tema que incluya no sólo lo descriptivo de lo visible grupal, sino lo explicativo que aportan las dinámicas y los contenidos propios para cada grupo, e ir más allá de la tan manida respuesta ideologizada que poco se acerca a la académica.

Por otra parte, aceptar que la identidad del individuo que emigró o de la comunidad como grupo emigrado es igual a la identidad de la nación como grupo social, sería desconocer el carácter de desarrollo permanente, continuidad e historicidad de la identidad nacional. Al mismo tiempo, esto no niega una existencia común en la génesis de la identidad, definida por la historia de la nación, de la cual ha sido y es parte el emigrado, una vez desde dentro y ahora desde afuera.

Lo que cambia en el emigrado son los referentes de los nuevos modelos por la incorporación de los contenidos propios del proceso de socialización que experimenta en la sociedad receptora. Así aparecen nuevos valores y reguladores conductuales respecto a la identidad nacional. Su elaboración es cercana, psicológicamente, a la identidad nacional, por su origen común. Al mismo tiempo, es contradictoria en su forma de expresión, dada por la detención histórica de la identidad del emigrado respecto al devenir histórico cotidiano de la nación.

De modo que, a la pregunta «¿son cubanos los emigrados?», los niveles de respuesta son variables en grado y profundidad. Los emigrados son esencialmente portadores de un modelo de identidad con raíces comunes a nivel cultural. A nivel psicológico, su expresión varía notablemente y se explica a través del análisis de tres posibles variantes que se reflejan en la relación del emigrado con la nación.

Es necesario, ante todo, precisar que los procesos psicológicos o modelos de identificación personal son los modos funcionales de expresión de la identidad nacional. La nación aporta el proceso histórico primario, pero su desarrollo y expresiones funcionales en el sujeto van mucho más allá de lo social cultural. En estos mecanismos predominan los modelos con los cuales se identifica el sujeto.

En la primera variante, la psicología del emigrado expresa, pesados y negativamente, el hecho de tratarse de una emigración sin retorno. Se detienen sus procesos de identificación con respecto a la evolución de la identidad nacional. Por regla general, la forma de elaboración psicológica de su realidad discurre en el

plano de lo afectivo, pero no necesariamente en el plano de la conciencia. La relación con Cuba se torna más afectiva que racional, lo cual, a su vez, pauta la forma limitada de su inserción en los procesos de socialización de la sociedad norteamericana.

La segunda variante es aquella donde el emigrado logra dar continuidad histórica a sus procesos personales de identificación. No se detiene en sus expresiones psicológicas ni en sus nuevos espacios geográficos de crecimiento cotidiano, porque la necesidad de dar continuidad a sus modelos de identidad de origen no se vivencia a través de la necesidad de su inmersión cotidiana en Cuba. Quien se inserta positivamente en los nuevos procesos de la socialización, también da continuidad al resto de sus modelos personales, los cuales, en definitiva, fueron los que sirvieron de soporte y regulación a la decisión de emigrar. La forma de relación con Cuba aparece mediatizada por la racionalidad de su inserción en la sociedad donde vive.

En la tercera variante, se incluye el emigrado que decide romper con todo, incluso con la noción de identidad nacional. Rompe con su fundamento primario, de modo que ni sus modelos posteriores se nutren de los modelos iniciales, ni sus referentes se enmarcan dentro de lo histórico-cultural. Por tanto, este emigrado ha dejado de serlo al asumir tal opción psicológica. En su relación con Cuba no necesariamente vivencia sentimientos negativos en el orden de lo afectivo ni de lo racional. Asume conscientemente su inserción en la sociedad norteamericana.

El que emigra no lo hace para dejar o no dejar de ser cubano. Emigra porque en las circunstancias de la cotidianidad de la vida de su país no pudo dar curso adecuado al desarrollo de sus modelos personales, aquellos que son esenciales en la regulación de la vida cotidiana del sujeto, los que resumen su esencialidad psicológica y las aspiraciones que lo movilizan. Cuando el sujeto emigra, su conducta se regula en función de los modelos psicológicos con los cuales se identifica personalmente, más allá de la ideología dominante.

El acto de emigrar desprovisto de un marcado contenido ideológico posibilita que el emigrado desarrolle un mecanismo psicológico para la regulación conductual de sus vínculos con la nación. Así, el contenido ideológico de la identidad no prefigura negativamente la autopercepción del emigrado ni su percepción acerca de Cuba. La magnitud física de la nación se expande, lo que para el emigrado significa ser cubano donde quiera que viva.

Resulta esencial entender que identidad no es sólo etnicidad, cultura, patrones socializados de conducta. El concepto de identidad nacional sintetiza la historia diferenciadora y generalizadora de la vida de ese sujeto social que es la sociedad cubana y con ello, la de todos sus miembros. Equivale a decir que es un proceso complejo que comprende esencialmente la síntesis de lo social y lo psicológico individual. Por este camino transita la solución antagónica de la contradicción nación-emigración. Desde la psicología del emigrado no podrá venir una comprensión a ultranza de su identificación como nacional. Tampoco desde la nación será sostenible la noción de exclusión del emigrado.

Los diálogos y conversaciones entre la Nación y la Emigración han dependido de la conflictiva relación existente entre Cuba y los Estados Unidos. Han transitado por caminos más o menos tortuosos, han fluido a veces lentamente y a veces se han detenido. Pero el proceso continúa. Su importancia histórica radica en que la implementación de los resultados y la posibilidad de su mantenimiento progresivo no producirán necesariamente un retorno físico de la emigración al país, sino su reinserción simbólica en la historia actual de Cuba, junto a todos los actores sociales que la componen, la dinamizan y la determinan desde el suelo patrio.

Notas

1. Al pensar en los estudios realizados en Cuba sobre la emigración, retorno un conjunto de ideas que ya desarrollé ampliamente en el libro *Psicología política: identidad y emigración*, escrito junto con Rolando Arbesú Rodríguez y en proceso de publicación en Argentina.

2. Los cubanos han emigrado hacia los más disímiles espacios geográficos. Según estimados basados en fuentes censales y datos oficiales, las áreas geográficas con mayor concentración de cubanos son los Estados Unidos, 1 043 932; Puerto Rico, 20 000; España 12 000 a 15 000; Venezuela, 13 000 a 15 000; y México, 10 000 a 15 000. Además, existe constancia de cubanos residentes en Centro y Sudamérica. Por ejemplo, en Panamá, Nicaragua, Costa Rica, Honduras, Perú y Argentina. Así como también en otras latitudes: Canadá, Australia, Rusia, Alemania, Angola, Medio Oriente y Europa Oriental. Una prueba de ello es que a la Conferencia «La Nación y la Emigración», celebrada en La Habana del 22 al 24 de abril de 1994, asistieron cubanos procedentes de más de 30 países.

© TEMAS, 1995